

Mi primer destino

Muy lejos queda aquel día de Septiembre de 1961 cuando me llegó el primer nombramiento de maestra interina de Villaescusa de Palositos.



El nombre era sonoro y bonito. En alguna ocasión lo había oído porque, además también lo llevan otros municipios.

Lo peor fue cuando descubrí su ubicación. Pero no renuncié, aunque mi padre puso muchas pegas y trató de convencerme.

Tenía 17 años. Había terminado en junio los estudios de magisterio.

Mi toma de posesión tuvo lugar el 2 de Octubre. Tengo que reconocer que he mirado la documentación, pues aunque conservo muy bien la memoria, no llega a tanto.

El citado día llegué a Peralveche en el "coche de línea" acompañada de mi padre.



Allí me esperaban el Sr. Daniel, que era el alcalde y su hija Elvira.

Quedaba el trayecto Peralveche-Villaescusa, sin carretera y, por lo tanto, sin posibilidad de ir en coche. No era una excepción. Conocía a algunas compañeras destinadas en pueblos aislados que hacían el camino en burro hasta el pueblo de destino.

A mí fueron a recogerme con una enorme y preciosa yegua ¡un lujo! en la que llevaron mi equipaje. Recuerdo que fui andando. A mí aquel hermoso animal me infundía un gran respeto, por no decir miedo. Después sí que subí alguna vez, acompañada de Elvira, que era una experta amazona.



La verdad es que el camino se hizo largo. En realidad es lo que era, y mi padre hacía comentarios y se mostraba preocupado por la situación del pueblo.

A mí, de momento, no me afectó demasiado. Aunque una vez allí, fue el mayor problema y casi puedo decir que el único.

Pienso que el idealismo de la juventud jugó un importante papel. Para mí era como una aventura.

Mi llegada supuso una gran expectación. Tengo imágenes en mi memoria de personas mayores y niños que me saludaban. La verdad es que, teniendo en cuenta mi timidez, me sentía desbordada por aquella situación, a pesar de que en el largo trayecto había tenido tiempo de comunicarme con mis acompañantes y establecer una cordial relación con ellos. Eso me dio seguridad.

Si que me hizo buena impresión, refiriéndome a lo material, la habitación que me tenían preparada en casa de mis "patrones", la Sra. Emilia y el Sr. Joaquín. Y por supuesto ellos. Se comportaron como unos padres. Se preocupaban hasta de los más mínimos detalles.

Fue mi primer contacto con una nueva realidad.

Había hecho mis estudios en un colegio de monjas. Mi vida de adolescente había consistido básicamente en estudiar, rezar y cumplir normas, que por aquel entonces eran bastante rígidas.

De repente me encontré con que ya no tenía que obedecer a nadie, sino que yo era la protagonista, la que tenía que "mandar". En un cortísimo espacio de tiempo pasé de "niña" a "mayor", de alumna que recibía educación y jugaba en los recreos, a maestra con la gran responsabilidad que eso conlleva.

Ahora era yo la que tenía la misión de enseñar y educar a mis alumnos.

Ambos "mundos", el del colegio y el del pueblo, tenían en común que eran muy reducidos, pero por realidades totalmente distintas y en algunos aspectos se podría afirmar que opuestas.

Recuerdo a mi madre preparando mi equipaje pensando que allí no se podía comprar nada. Eso para mí no fue un gran problema. Muchas necesidades no las tenemos, nos la creamos. No había grifos, pero el agua era abundante.



Con respecto a la luz, no eran muchas horas las que se necesitaba. Por otra parte, las veladas a la luz de los candiles, tenían su encanto.

Lo que me resultó más duro fue el aislamiento. Pensar que no podía salir cuando quisiera. Tenían que llevarme y recogerme. Eso hizo que sólo en una ocasión, el puente de Los Santos, me fuera con mi familia. La siguiente salida fue en vacaciones de Navidad. En esos días se convocaron oposiciones y ya no volví hasta junio, fecha en la que terminaron.



Así fue como empezó mi dilatada vida profesional que se prolongó durante cuarenta y tres años.

Mis otros destinos fueron: Renales (Guadalajara), un curso; Azañón (Guadalajara), cuatro cursos; El Pedernoso (Cuenca), nueve cursos.

En el concurso de traslados en 1976 conseguí llegar a Madrid, que era mi meta, sobre todo por la Universidad. En Majadahonda, y en el mismo colegio "San Pío X", ejerí la docencia durante veintiocho años, hasta 2004 en que me jubilé para dedicarme a mi vida familiar que ocupa gran parte de mi tiempo.



Volviendo a Villaescusa, aunque me cuesta un poco remontarme tan lejos en el tiempo, ya que es demasiado lo que tengo que rebobinar hasta llegar a 1964. Apesar de todo, mis recuerdos de aquellos meses son muchos.

Como es lógico, el mejor recuerdo son mis alumnos. Ellos fueron lo más importante y la razón de mi estancia allí. A ellos les tocó sufrir mi inexperiencia. Con ellos di los primeros pasos de mi larga vida profesional e hice mis primeros experimentos como docente. Pero seguro que la ilusión y el cariño que puse en mi tarea, compensaría, al menos, en parte. Allí me di cuenta por primera vez y luego lo confirmé posteriormente, que la práctica era muy distinta a la teoría que había estudiado en la carrera e, incluso, en las prácticas en una clase homogénea y seguramente de alumnas escogidas.



En Villaescusa no eran muchos alumnos; unos veinte de todas las edades. Tener que llegar a todos, o por lo menos, intentarlo, me parecía muy difícil. No sé en qué medida lo conseguiría. La verdad es que ellos me facilitaron mucho mi trabajo por el interés, respeto y buen comportamiento.

Al pensar en mi primer grupo de alumnos me viene a la memoria el último. Eran de once nacionalidades distintas, de los que igualmente guardo un recuerdo especial. También ellos destacaron por su buen comportamiento.



Una fotografía de cada grupo, el primero y el último, comparten estantería en un mueble de mi casa. Con una diferencia en el tiempo de 43 años y circunstancias totalmente distintas, el contraste se aprecia incluso en las fotos.

Además de a mis alumnos, recuerdo de manera especial a mis "patrones" y a la familia de Elvira, sus padres y hermanos. En su casa pasaba gran parte de mi tiempo libre.

También tengo un grato recuerdo de aquellas sencillas y buenas gentes y me siento agradecida a todas las personas que de una u otra forma contribuyeron a hacer agradable mi vida en Villaescusa.



Lo cierto es que haciendo una valoración general, saco la conclusión de que mi estancia en Villaescusa de Palositos fue muy positiva.

*Margarita Águeda Casalengua, para
Amigos de Villaescusa de Palositos, marzo de 2009.*